

Carlo Flamigni

Crimen en la colina
El primer caso de la familia Casadei

Traducción del italiano
de Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Al matadero van más corderos que ovejas
(proverbio romañol)

Personajes

Primo Casadei, apodado Terzo, protagonista
Su familia: Maria, su mujer; Berenice, Beatrice, Proverbio,
Pavolone
Macbetto Fusaroli, subcomisario
El padre Michele y el padre Vittorio
El maestro, el pintor, el veterinario
El médico y el farmacéutico
La Mariuccia, la Ersilia y la Ofelia
El aparej. Adamo y Edvige, su mujer
El conde Campi
El comendador Tumidei
El profesor Inzolia
El obispo, el padre Pino
Los ex alumnos
Gente del pueblo, gente de la ciudad, policías, carabinieri

Prólogo

Cómo escogían sus juegos las dos gemelas, nadie había sido capaz de descubrirlo. A esa edad, cuatro años, casi cinco, jugar es un elemento fundamental de la vida, indispensable para comprender el mundo y comprenderse a uno mismo; no había nada de extraño, pues, en que Berenice y Beatrice se pasaran la mayor parte del tiempo jugando. No resultaba tan natural, sin embargo, que la elección del juego –realizada en el seno de una gama muy vasta, que les consentía interpretar una gran variedad de papeles, muchos de los cuales de evidente derivación televisiva– se produjera de repente, sin acuerdo preliminar alguno. Un momento antes, las dos niñas estaban sentadas a los pies de Proverbio, quien les contaba un cuento, un momento después eran dos señoras que hablaban de sus niños, dos huerfanitas abandonadas por sus crueles tíos en medio de un bosque repleto de peligros o dos dependientas en una tienda de golosinas. Tal como había empezado, de golpe, sin preámbulos, el juego podía acabar, si una de las dos se cansaba o si hallaba algo que objetar en el desarrollo de los acontecimientos que estaban imaginándose. En este último caso, podía estallar una discusión entre ellas, tan violenta como breve, durante la cual se intercambiaban los epítetos más desagradables que dos niñas

romañolas, por más que de madre china, poseen en su aún modesto vocabulario: *badessa*, *braghira*, *sasa*, *invornita*; y hasta podían hacerse la *lusla* y sacarse la lengua, pero nunca durante mucho rato. La discusión se apagaba rápidamente y, en cualquier caso, nunca recurrían a la opinión de la madre ni había rencores: sencillamente, cambiaban de juego, nuevos personajes, nuevas fantasías, nunca caras largas, jamás una sola hora de morros. Por lo demás, no se peleaban nunca, por ninguna razón, y ninguna de las dos daba muestras de sentir envidia de la otra, como si todo fuera compartido.

Ese día, sin embargo, no ocurrió así: ese día, en cuanto empezó la discusión, Beatrice estalló en un llanto incontenible, se sentó en el suelo, sin dejar de sollozar, y su llanto, el llanto de una niña que no lloraba nunca, sorprendió y alarmó en general a todos. La madre la tomó en brazos, la mimó un rato, pero entonces se dio cuenta de que tenía algo de temperatura y la metió en la cama. Por la tarde, Beatrice seguía con fiebre y además tenía una tos seca y molesta que parecía ir empeorando rápidamente. Primo decidió llamar al pediatra y le telefoneó para apremiarlo un montón de veces; el pediatra sabía que, cuando las pequeñas gemelas se sentían indispuestas, su padre perdía literalmente la cabeza, de manera que no se preocupó en exceso y se lo tomó con calma, hasta el punto de no aparecer hasta bien entrada la tarde, cuando incluso Maria había empezado a ponerse nerviosa y Primo estaba, por decirlo de manera suave, hecho una bestia. La condescendencia inicial del pediatra desapareció sin embargo al poco de empezar la visita. Había algo extraño, algo en los pulmones, poco claro, quizá de no demasiada importancia, quién sabe, lo mejor era ser prudentes, lo mejor era anticiparse a los problemas... Al cabo de veinte minutos

llegó la ambulancia, al cabo de una hora escasa la pequeña estaba ya en el hospital, en el ala donde se trataban las enfermedades infecciosas, y le habían hecho ya un buen número de pruebas. Llegó el jefe de servicio desde casa –se estaba haciendo de noche–, creando un enorme revuelo: miró las pruebas, examinó las placas, visitó a la niña, dio instrucciones. Era una pulmonía, dijo, pero una pulmonía de una clase particular, una pulmonía miliar. Ni Primo ni Maria entendieron lo que significaba esa palabra, que Maria no había oído nunca y que Primo relacionaba con las piedras, pero ambos conocían la otra palabra que añadió el jefe de servicio, tuberculosis. Maria se echó a llorar, Primo se puso completamente colorado y empezó a hacer preguntas, estaba convencido de que la tuberculosis había sido erradicada, y ahora... Pero el jefe de servicio era uno de esos médicos a los que no les gusta perder el tiempo dando explicaciones («cuanto más explicas, menos te entienden» era su lema), de modo que Primo tuvo que conformarse. Ahora Beatrice tenía un fiebrón, los médicos le dijeron a Maria que toda la familia, y en particular Berenice, tenía que someterse a una serie de pruebas; todos eran muy amables pero nadie sonreía, en fin, que peor no podían ir las cosas.

Aquel fue sin duda un mal día, uno de los más horribles para toda la familia. Después, poco a poco, Beatrice empezó a mejorar, las curas surtieron efecto, no se presentaron ulteriores complicaciones, volvió la serenidad justo en el momento en que, poco a poco, estaba volviendo también la primavera. Y al final llegó el momento del alta, el que ratificaba el auténtico final de la pesadilla. El jefe de servicio estaba ausente en un congreso, de manera que la entrevista final le tocó hacerla a Primo con una de las doctoras del servicio, precisamente la que le había parecido más

amable con él y más afectuosa con Beatrice. Hablaron de muchas cosas, Primo tenía muchas preguntas que hacer, muchas preguntas para las que, al parecer, no obtendría respuesta. Por ejemplo, ¿cómo había podido ocurrir algo así? La doctora le dijo que habían apuntado algunas hipótesis, pero que no tenían certezas, parecía un caso aislado, difícil de explicar. Primo quiso saber adónde era mejor llevar a Beatrice, quien, indudablemente, necesitaría una larga convalecencia.

—¿Usted a qué se dedica? —le preguntó la doctora.

—Escribo, no tengo trabajo fijo —contestó Primo—, podemos irnos a donde usted nos aconseje, a mí me basta con poder usar el ordenador y llevarme unos cuantos libros.

La doctora le hizo muchas preguntas, estuvieron charlando un rato, y al final acordaron que la mejor solución era la de pasar algunos meses («hasta el invierno por lo menos») en el pueblo de origen de la familia de Primo y donde él seguía teniendo algunos parientes: colinas altas, muchos árboles, nada de contaminación, aire limpio y oxigenado al máximo. A Primo se le vino además a la cabeza que un primo segundo suyo había pasado hacía poco a despedirse, pues se marchaba a pasar un año sabático ya no se acordaba dónde, y le había dicho que dejaba su casa vacía, le hubiera gustado alquilarla, pero vete tú a saber, no le apetecía dejarle a un extraño su propia casa durante tanto tiempo...

De modo que, al cabo de menos de una semana, toda la familia (Primo, Maria, Berenice, Beatrice y Proverbio) se trasladó a ***, un pueblo de las colinas altas de la Romaña, para alojarse en la casa del primo segundo en cuestión, quien se la alquiló por cuatro duros, con el objetivo de garantizar a Beatrice todo lo necesario para una perfecta curación. Solo faltaba Pavolone que, quién sabe, tal vez

se acercara en verano. Primo estaba convencido de que el regreso a los lugares de sus orígenes le daría nueva inspiración; las gemelas solo sentían curiosidad; Proverbio tenía grandes esperanzas puestas en la recolección de setas; lo que se le pasaba por la cabeza a Maria no lo sabía nadie. Llegaron a *** en la primera semana de abril, cuando el verde de las hojas de los árboles está aún de lo más tierno y da a todo el mundo una gran sensación de paz. No sabían lo que les aguardaba, pero, como dice el poeta, si es cierto que hemos nacido sobre la cresta de una ola, ninguno de nosotros es capaz entonces de decir dónde está el horizonte... ¿De qué valen entonces las recriminaciones?

Capítulo I

Algunas noticias acerca de los protagonistas de la historia (para quien no los conozca aún). El problema de los nombres en la Romaña. Las desventuras de una china en la costa. Además están los apodos. Breve historia de un protagonista momentáneamente ausente.

Primo Casadei, conocido comúnmente por Terzo por algunos amigos y por muchos enemigos, era un hombre que poseía aún el privilegio de vivir en la parte adecuada de los cincuenta años, un pasado complicado y no siempre agradable de recordar, un presente más que aceptable y un porvenir presumiblemente sereno. Primo era el tercer hijo de dos buenas personas que se habían entregado a fondo a la educación de sus tres chicos, dos varones y una hembra, de quienes esperaban mucho y a quienes habían confiado el ascenso social de la familia. En efecto, dos de ellos respondieron a las expectativas; Primo, por desgracia, no. De toda la vasta familia de los Casadei (Primo tenía más de cuarenta primos), él, el último en llegar, era con toda probabilidad el más inteligente; no le faltaban tampoco las dotes necesarias para alcanzar el éxito, en la universidad, o en cualquier carrera profesional: una extraordinaria memoria, una auténtica pasión por la literatura y la historia,

una gran capacidad para resolver por instinto problemas matemáticos; carecía por completo, en cambio, de la prudencia, de la percepción del riesgo y del común sentido de la moral. En la universidad no llegó ni a matricularse, ensayó los caminos más tortuosos y divertidos que su notable fantasía puso a su disposición, cometiendo un error tras otro: no acertó jamás con amigos ni con enamoradas, pasó incluso un breve lapso de tiempo en la cárcel y durante otro breve lapso de tiempo se vio trabajando para un grupo de granujas que tenían las manos metidas en el saco de todos los trapicheos que florecían a lo largo de la costa romana. Así se lo encontró la vida cuando, con poco menos de cincuenta años, se vio obligado a echar cuentas: sin casa, sin trabajo, con una mujer china, dos pequeñas gemelas, Berenice y Beatrice, más de diez mil libros, ni una sola librería. Dado que no había suma que le cuadrara, se preguntó si tendría sentido intentar volver a empezar desde el principio: las virtudes que no tenía, en parte se las impuso, en parte se las inventó; aprovechó sus innumerables lecturas y su extraordinaria memoria y escribió un libro, una historia de la Romaña papal, que tuvo éxito y vendió más de veinte mil ejemplares. El editor lo estimuló a seguir escribiendo, después le hizo un contrato, después le ayudó a situarse entre los escritores de cierto éxito. La fortuna, la estúpida, injusta fortuna lo acunó en sus brazos y le aseguró de repente todo lo que siempre le había negado: dinero suficiente, el respeto de muchas personas, una cierta notoriedad, una casa, una familia, un par de amigos sinceros. Con este patrimonio asegurado, una vez pasado el susto por la salud de Beatrice, Primo se aprestaba a trasladarse a los lugares donde su familia tenía sus raíces, lleno de curiosidad, sin preocupaciones particulares: sereno, en definitiva. Claro está, no se había

transformado en un santo: mucha gente tendría cosas que decir sobre su concepto de la justicia, y a su sentido de la moral le hacía falta una buena revisión; se veía con amigos que hubiera debido evitar y de vez en cuando, con discreción, perdía la cabeza tras un par de tetas. Pero como a él mismo le gustaba repetir, quien esté libre de pecado... (a lo que Proverbio replicaba que él por quien se preocupaba sobre todo era por quienes estaban libres de piedras). ¿Qué más podemos decir de Primo? Quizá algo sobre su aspecto, algo sobre su salud. Según decían las mujeres, era un hombre muy guapo, alto, delgado, moreno, una especie de torero con aires de intelectual. Aunque atáxico, con poco equilibrio, a causa, digámoslo así, de un accidente. Y, sobre todo, una buena cabeza.

Es difícil decir algo de cómo era la vida de Maria antes de los veinte años. Vivía en China, en algún sitio, tenía una familia, un trabajo, amigos probablemente. ¿Era feliz? Muy probablemente, no, porque si no, ¿qué rayos la indujo a dejar su país para acabar condenada a trabajos forzados, y clandestina, por si fuera poco, en una pequeña aldea de la Romaña?

Lo que hizo que Maria y Primo se conocieran forma parte de una historia que no podemos contar aquí, por demasiado larga y demasiado complicada. En realidad, Maria se había ofrecido –no como voluntaria, no, para ser voluntario hay que ser rico– para acoger en su regazo al hijo de otra mujer, y las cosas iban por el buen camino, hasta que un buen día, tras un par de errores de más, un par de vasos de más, se vio embarazada, de Primo en concreto, y de dos gemelas en concreto. Ya se sabe cómo funcionan estas cosas, una hermosa muchacha ella, hombre atractivo él...

Y es que Maria era una hermosa muchacha de verdad, alta, bonitas tetas, bonito trasero ligeramente amarillento, un festín para los ojos. Si de verdad se le quería sacar algún defecto, entonces había que dirigir la vista hacia otro lado, al carácter, por ejemplo: Maria era de pocas palabras, mejor dicho, de poquísimas palabras, muy resuelta (podría decirse incluso que raramente se apeaba del burro) y con muy escasa predisposición a escuchar las razones de los demás. Era también, cómo quizá diría el lector... eso es, un pelín original. A su llegada a Italia, hizo cuestión de pundonor aprender italiano, asunto en absoluto sencillo, visto que no hablaba con nadie y no tenía dinero para clases: con los primeros ahorros que pudo reunir, no puede el lector imaginarse a costa de cuántos sacrificios, se compró un transistor, que se convirtió en su profesor de italiano. Sin embargo, los programas los elegía al tuntún: lo que más escuchaba era una emisora local, que transmitía canciones romañolas y festivales de poesía dialectal sobre todo, seguido a cierta distancia de otra dedicada casi exclusivamente a la emisión de funciones religiosas, financiadas por una rica señora algo extravagante que exigía que por lo menos una parte de las funciones se celebraran en latín. Inevitable, y hasta podría decirse que algo embarazoso, el resultado. Maria, además de chino, hablaba, como segundo idioma, con un óptimo acento y gran riqueza de vocabulario, el dialecto romañol: decía *lasum stè*, en vez de «déjame en paz», y *ét la pré a cà tù*, en vez de «cierra la puerta»; cantaba *bèla burdèla* a voz en grito como un cantarín de Lugo¹. Y, de atea como era, acabó volviéndose católica, con muchas simpatías por un tal Le-

¹ Se alude a los grupos de canto dialectal de la pequeña localidad romañola de Lugo, en la provincia de Rávena. (N. del T.)

fèvre, un monje de ideas claras y de mal carácter, cosa que Maria apreciaba mucho en los hombres. ¿Qué más puede decirse? Pues bien, Maria era muy parca en la distribución de su afecto, cuya porción mayor iba naturalmente a las gemelas y a Primo (por quienes se dejaría matar sin la menor vacilación), la porción residual a Proverbio, a quien consideraba como su propio consejero personal. También a Pavolone, claro está, también a Pavolone le tenía cariño, pero era una cosa muy distinta, un afecto diferente, algo así como el que uno siente por su propio perro.

Maria no tenía la menor idea de dónde quedaba esa nueva casa a la que se trasladaban, pero donde estuvieran las gemelas y Primo, allí estaba su hogar, lo demás era *tota pula*, para tomárselo a risa. El ánimo de Maria, mientras subían por las carreteras de las altas colinas, estaba absolutamente sereno.

Pasados los ochenta, decía Proverbio, con un dolor en cada hueso y un malestar nuevo cada mañana, se vive al día y se alimenta uno de recuerdos. Y recuerdos, Proverbio tenía para diez viejos como él por lo menos. A los dieciocho años se había *tolt da cà*, arrancado de casa, y se había ido a recorrer mundo en busca de fortuna, dedicándose a todos los trabajos para los que no hacía falta un título y a alguno más también. A los cincuenta se había *ardòt a cà*, traído de vuelta a casa, y había descubierto que había dejado el paraíso por el purgatorio. Se gastó muy bien los cuatro cuartos que había ahorrado, se hizo con una caterva de amigos, se construyó, ya anciano, el nido que alberga por lo general a los pajarillos sin plumas, a esos que no saben volar, a los *caganid*. Durante los muchos años pasados lejos de su tierra, de los idiomas extranjeros solo había aprendido lo indispensable para sobrevivir; sus

conversaciones las había mantenido solo con italianos y, sobre todo, cuando era posible, con sus conterráneos. En su maleta siempre habían estado los libros de Guerrini y de Beltramelli, y nunca hubo nadie, ni en Forlì ni en Rávena, que conociera tantos proverbios regionales como los que él sabía ni que supiera sacarlos a colación en el momento adecuado con la misma pericia. De ahí su apodo.

Lo que le unía a Primo era una amistad espontánea, natural y profunda, uno sabe que el otro existe y eso le basta para sentirse el corazón algo más cálido. De este modo, la familia Casadei, en su época más magra, se fue a vivir a la enorme casa de Proverbio, una casa campesina, no cabe duda, pero con todas las comodidades, hasta con el retrete en casa; más tarde, cuando la emergencia acabó, los Casadei, que habrían podido incluso instalarse en el lujo, decidieron quedarse donde estaban: la casa fue reformada de la mejor manera posible, pues ya la sentían como propia, habiéndose convertido en una sola familia. Por eso, precisamente porque se habían convertido en una sola familia, Proverbio los había seguido y aguardaría con los demás a que Beatrice se restableciera del todo. Sabía que lo que le quedaba del ovillo de la vida no era muy largo, pero no se preocupaba en exceso, era capaz de mantenerse sereno incluso cuando pensaba en la muerte. Mientras subían hacia su nueva casa, se interrogaba sobre algunas cuestiones vitales: ¿encontraría setas? ¿Habría algún sitio donde jugar a *maraffone*²?

Es necesario introducir ahora a un nuevo personaje, que se ha quedado en los márgenes del relato solo por azar, si

² Juego de naipes típico de la región de Romaña, popularísimo, con una mecánica de juego en parejas parecida a la de la brisca. (N. del T.)

bien está destinado a reunirse con el resto de la familia Casadei al cabo de unos cuantos días. Para describirlo, haría falta en realidad la pluma de Rabelais, la única autorizada para describir personajes gargantuescos: esas eran, en efecto, las dimensiones de Pavolone, el hombre más alto y más enorme con el que cualquiera de nosotros podría tropezarse en sus vagabundeos por la tierra; por más que hablar de «hombre» fuera vagamente excesivo, dado que Pavolone tenía una edad oficial que lo colocaba en torno a los veinticinco años, pero una edad cognoscitiva que lo situaba justo por debajo de los quince.

De Pavolone, en verdad, era necesario dar dos descripciones distintas, la del Pavolone vestido y la del Pavolone desvestido. Encontrárselo vestido suponía indudablemente una experiencia vital, no tanto por la estatura –hoy en día, chicos de dos metros no son raros– sino por el tonelaje, término cuyo empleo debería reservarse para los buques y para Pavolone. Nadie conocía su peso, pero todos usaban para definirlo el mismo adjetivo, «enorme»: enorme sin dar la sensación de tener encima un gramo de grasa; enorme como debieron serlo Hércules o, como decíamos, Gargantúa. Eso si nos lo encontrábamos vestido.

Desnudo, por lo menos en lo que se refiere a la parte superior del cuerpo, las cosas no es que cambiaran mucho, al contrario: si alguien tiene en la cabeza el aspecto de los culturistas durante una competición podrá hacerse fácilmente una idea del aspecto del tórax de Pavolone, sin necesidad siquiera de adoptar posturas ni de ungirse los músculos. El problema estaba un poco más abajo, en la –llamémosla así– parte intermedia del cuerpo, la que se usa para sentarse. Pavolone –casi seis kilos al nacer, grandes dificultades en el parto– tuvo desde pequeño un trasero bastante grande que, por desgracia, al término del

crecimiento adolescente se había convertido en un culazo enorme, al que hacía más indecoroso el hecho de estar ahí en medio, entre ese pedazo de tórax y un par de piernas esculturales, dignas de Atlas.

Qué problema hay, dirá el lector, quién es el que no tiene algún defecto físico, hay que saber contentarse. Y tendrá mucha, muchísima razón. Solo que a Pavolone, en cuanto cumplió los veinte años, le entró una irrefrenable pasión por el culturismo y llegó a concebir incluso la posibilidad de incorporarse al circuito de los profesionales. Como es natural, las esperanzas del muchacho se apagaron del todo la primera vez que se presentó, con un bañador minúsculo, a un concurso para principiantes: el público (gente muy especial, personas a las que casi seguro el lector no invitaría a su casa a cenar) recibió a Pavolone con un gran estrépito, con gritos y aullidos, y de inmediato lo apodaron Caco (ya conocerá el lector la historia de Hércules...). Testarudo, Pavolone fue ahorrando el dinero necesario y solicitó la intervención de un lumbrera de la cirugía estética, para una operación reparadora: por desgracia, la medicina no es una ciencia exacta, la cirugía lo es aún menos, y hasta los lumbreras se equivocan. La operación transformó las nalgas de Pavolone en una pesadilla, dos grandes zurroneos semivacíos, repletos tan solo de cicatrices y de ovillos de grasa residual; créanme, una pesadilla. Adiós al culturismo profesional, por lo tanto, y adiós a ser guardaespaldas de personajes del espectáculo, adiós a ser portero de locales de baile, profesiones todas para las que acabó demostrando no excesivas dotes. Después, al cabo de tanta mala fortuna, llegó algo de mejoría, es más, un quiebro decisivo: Pavolone conoció a Primo y se convirtió en el factótum de su familia: echaba un vistazo a las niñas, estaba atento a la casa, conducía el coche de Maria,

mil cosas. A cambio, recibía todo lo necesario para llevar una vida serena, desde el afecto hasta las camisas limpias. Primo le ingresaba el dinero de su sueldo en el banco todos los meses y se preocupaba por su porvenir. Hubo circunstancias en las que la presencia de Pavolone se había revelado determinante y Primo no era de los hombres que olvidan una cosa así.

Cuando esta historia da comienzo, Pavolone no está aún en ella, Primo se lo había «prestado» a un amigo durante un par de semanas. Se trata por lo tanto de tener un poquito de paciencia, pues no tardará mucho la familia Casadei, naturalmente ensanchada, en estar de nuevo al completo.

Nos ha ocurrido ya, y volverá a ocurrirnos, el tener que describir a los personajes de esta historia presentándolos con un nombre distinto al del bautismo, o señalándolos con un apodo atribuido globalmente a la familia. Esta historia de los nombres, complicada como tantas historias romañolas, precisa de cierta explicación.

Lo primero que es necesario saber atañe a la posibilidad de que el nombre del Registro Civil, tal vez el mismo que se le asigna al niño en el momento de bautizarlo, no llegue a emplearse nunca. Ocurre así que se llame Viera a una Giuseppina, Alieto a un Alberto, Adriano a un Amerigo, y este nuevo nombre se convierte en el de costumbre, tan importante como para hacer olvidar el primero: conozco a una chica que se llama Adriana porque la sostuvo en el bautismo su tío Adriano, que en realidad se llamaba Amerigo. Este frecuente abandono del nombre legítimo no tiene explicación, sino solo hipótesis. Por ejemplo, entre la gente de la Romaña es costumbre definir el nombre del Registro Civil como *e nò di sgnùr*, el nombre de los ricos,

aunque sea una definición que probablemente atañe a algunos nombres específicos que un campesino no estaría en ningún caso en condiciones de asignar a sus hijos: ¿se imagina el lector a *Furmàj* que llama a su primer varón Gaddo y a su primera hembra Diletta, o Selvaggia? Ridículo.

Además están los apodos, los de las personas y los de las familias, asunto complicado por la posibilidad de que el apodo de una persona se convierta, con el tiempo, en el apodo de su familia. Un niño que enferma de poliomielitis puede acabar siendo señalado como *e zòp*, el cojo, y este puede llegar a convertirse en su apodo; pero puede suceder también que su casa acabe por ser llamada *la cà de zòp*, que el apodo pase en bloque a la familia y que al mayor de sus hijos, conocido campeón de medio fondo, se le conozca también como *e zòp* tras el fallecimiento de su padre. En ocasiones, el apodo de la familia explica alguna tacha; en otras, su significado es misterioso y arcano. Hubo durante mucho tiempo un restaurante-taberna, en una localidad de la Romaña, al que todos conocían como *Pirì ad cul rott* (¿hace falta que traduzca?), vaya usted a saber por qué. En la mayor parte de los casos, de todas formas, el origen del apodo es tan claro como vulgar y grosero (*e Pataca*, *e Bastardazz*, *e Sgumbié*); en ocasiones es algo más agudo: a un rico terrateniente, avaro como el cura de Ravaldino, que se paseaba vestido como un harapiento y no dejaba de llorar sus necesidades, todos lo llamaban *e pòr Clemènt*, una expresión que se usa para los difuntos.

Y además, está el problema de la elección del nombre oficial, el que hay que llevar al Registro Civil. A la gente de la Romaña nunca les ha gustado mucho poner a sus hijos nombres comunes, hay menos Carlo y Francesco que en todas las demás regiones italianas. Para la mentalidad lo-

cal, el nombre ha de ser original, o por lo menos acarrear alguna suerte de mensaje familiar, una especie de sigla. El compañero de pupitre de Primo se llamaba Antero, y detrás de ellos se sentaban dos primos, Eolo y Evio, y más atrás estaba Edmeo, y así todos.

Un anarquista evitaría en toda circunstancia nombres de santos y, si acaso, llamaría a sus propios hijos Vendetta, Revolver y Libertà; un comunista, un católico, un republicano, se inclinarían por nombres muy distintos, y llamarían a sus hijos Lenino, Devozione y Mazzino. Y además estaban los padres, más que hartos de añadir otro plato a la mesa, con lo que se daba el caso de pobres chicas obligadas a llevar nombres como Delusione, Antavleva, Errore. Y, por último, estaban los amantes de la historia, o los expertos en mitología, que escogían preferentemente el nombre de una musa o el de una divinidad del Walhalla. En el primer curso de secundaria, Primo, que había sido asignado a una clase exclusivamente de varones, se encontró con una niña llorando pues tenía la desgracia de llamarse Erato, como la musa, y de haberse tropezado con una secretaria ignorante, que desde luego desconocía los nombres de las musas y que no tuvo la paciencia de leer el segundo nombre de la pobre Erato, Rosina, inequívocamente femenino.

Con apodos así ya nos hemos topado en nuestra historia. A Primo, por ejemplo, le colgaron el apodo de Terzo, para subrayar lo que durante mucho tiempo parecía ser su rasgo distintivo y su condena, el sino de no aflorar nunca, de no llegar a ser nunca realmente el primero. Proverbio era, en cierto modo, un apodo obvio, mientras que Pavolone podía ser la versión italiana del romañol *Pavlò*, un indudable homenaje a su corpulencia.

Por último, está la irrefrenable necesidad de deformar el nombre, incluso el superpuesto al nombre verdadero.

Imagine el lector que ha llamado a su hijo con un nombre muy común y muy amado por los italianos, Giuseppe. Pues bien, el azar, la tía Giulia o los amigos de papá podrían transformarlo, antes o después, en uno de los siguientes (cariñosos, despectivos, diminutivos, aumentativos, depende): Jusef, Jusaf, Jusafi, Fi, Fin, Fino, Finet, Fapin, Fapinet, Jafnein, Jafnì, Jafnò, Jaf, Jufi, Fafò, Fafi, Pino, Pinin, Pepino, Pipinì, Pinetto, Pinoti, Pin, Pinota, Pinazì, Pepo, Pipo, Pipino, Pipò, Jusafè, Jusafò, Pipet, Fafeta, Fafì, Fita. El tema no se agota aquí, pero por ahora ruego al lector que se conforme.

Ya hemos conocido, pues, a algunos de los personajes de esta historia, no a todos, naturalmente, hay otros que apremian para que se les presente, lo que llegará también en su momento. Es más, para algunos de ellos ese momento ya ha llegado, porque esta historia no puede continuar si el lector no sabe todo lo que es necesario conocer sobre la familia de Primo, sobre el pueblo en el que sigue viviendo su familia y sobre los habitantes de ese pueblo.